La leyenda del historiador
- Tomo III -

La crónica de los desterrados

Marcos Ruiz González
Roberto Carlos Molinuevo Robles

La leyenda del historiador

- Tomo III -

La crónica de los desterrados

Marcos Ruiz González
Roberto Carlos Molinuevo Robles

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
©Marcos Ruiz González
Roberto Carlos Molinuevo Robles, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-33-8
IBIC: FM
DEPÓSITO LEGAL: M-12143-2025

No quisiéramos dejar pasar la oportunidad de dedicar unas palabras de agradecimiento. Agradecimiento, en primer lugar, hacia vosotros, nuestro fiel público, que habéis demostrado una paciencia infinita esperando cada una de las entregas de nuestra obra, y que compartís con nosotros la ilusión de este proyecto. Nos emociona que nos preguntéis continuamente para cuándo el siguiente libro, pues esa es la mayor satisfacción que podemos sentir nosotros como escritores: vuestro amor y vuestro reconocimiento. Para todos vosotros está dedicada nuestra Crónica de los Desterrados.

En segundo lugar, cómo podríamos olvidarnos de agradecer a todo el equipo que ha hecho posible que nuestros libros acaben en vuestras manos y se acomoden en vuestras estanterías. A todo el equipo de Avant Editorial, y muy especialmente para Ezequiel Teodoro, con el que ya tenemos una gran amistad, confianza, y un particular ritual cada vez que acabamos una de nuestras obras.

Por último, y como no puede ser de otra forma, nuestro reconocimiento infinito a nuestras familias, nuestras mujeres e hijos, quienes más sufren y aguantan nuestras ausencias y desapariciones cuando planeamos la historia, la desarrollamos y la revisamos una y otra vez, pues como sabéis todos los que os dedicáis a esto, siempre queda un repaso más. También a José Luis, padre de Marcos, por su paciencia y su ilusión al crear los bocetos de los mapas que luego terminan editados por Avant en el interior de cada libro, por su opinión y sus consejos.

A todos vosotros...

Gracias, gracias, gracias


Minería
La Aldea
Saliss
Reino de Minas
Diknas
Tierras Híbridas
Golcar
Lago del Hueco
Petbal
Kedak
Sabiduría
Tierras inmortales del Este
Tierras Libres
País de los Esteños
Tierras inmortales del Oeste
El Campamento
Tamrax
El Bosque Grueso
Rabmal
N
W
E

Índice

Cuarto creciente 13
Nos estaban esperando 16
El anciano 21
Diario de Mergand 25
El sorteo 27
Diario de Mergand 36
El consejo 39
Plissa 52
Los días pasan 56
Encuentro inesperado 62
Ilina 74
Un descubrimiento perturbador 79
Tasnic, el consejero del pueblo 84
Tormenta 98
Elucubraciones 103
De entre los muertos 106
Preocupaciones 108
El Historiador 110
Una advertencia 113
Pluma Alba 115
Un mal en las profundidades 127
La prostituta y el hombre malo 132
El fantasma lobo 136
La ruta de Zat 141
Darlance Magg 149
La elegida 152
Esclava 159
La amante, la novia y la asesina 168
Soledad 175

La búsqueda 180
Hospital de campaña 188
Una extraña alianza 198
Un objetivo 207
Rencor 209
Villapancrudo 218
Padre e hija 234
Una charla con el prestamista 240
El demonio del fin del mundo 245
Tras la pista 249
Frío 254
Rebelión 258
El falso esclavo 260
Un día frenético 268
Tierra a la vista 278
Ni un momento de paz 281
El nuevo mundo 286
Una visita inoportuna 291
Exploración 298
Carga contra la muralla 305
Problemas de abastecimiento 309
La puta del rey 311
Encuentro 319
Deseo 322
Tánit 326
Huida 332
Darlance, rey de los muertos 339
Atrapados 341
El este y el oeste 345
El arco de Dan'nn Idd 349
Encuentro 353
El sitio de Ogonord 368
Punto de inflexión 374
Villapancrudo 375
Tierra de nadie 385

Una tregua inusitada 391
Caos 395
Otra última batalla 399
¿Qué fue lo que pasó? 403
Otra última batalla - Parte II 407
Venganza 413
Un milagro 415
Croul 417
Alco en tierra 419
Una nueva vida 425
De regreso al mundo 428
Los muertos han vuelto 433
Vertrell 435
El dragón 437
Cuando mires hacia atrás 443

Cuarto creciente

El joven abrió los ojos. Como en los días anteriores, le costó unos instantes deshacerse de la confusión que lo atenazaba cada vez que despertaba. Pero al contrario que antes, ya no veía una amenaza tras cada silueta borrosa que se presentaba ante él al despertar, amenazas que le hacían desconfiar y ponerse en guardia. Una silueta, una mesa en la que acaso se sentara alguien, observando su sueño. En realidad, ninguno de los individuos con los que ahora compartía los días representaban peligro alguno. Pero tampoco había apenas ninguna clase de trato con ellos.

Excepto con uno.

Se levantó de la cama y se sentó sobre ella. Era cómoda. Probablemente la cama más cómoda en la que hubiera dormido nunca. El colchón era blando y cálido. Estaba recubierto de algún tipo de tejido, pero no había sido capaz de adivinar de qué estaba hecho el interior. Las sábanas eran ligeras y suaves.

Pero ya no reparaba en las cosas extrañas que veía todos los días, producto de la rara magia de aquel lugar, y que habían terminado siendo indiferentes para él. En otro momento de su vida le habrían causado asombro, curiosidad o incluso temor. Cuando las vio por primera vez sólo le habían provocado una leve curiosidad que se evaporó con el paso de los días como una lámina de agua sobre la arena ardiente del desierto. Ahora ya sólo le causaban indiferencia.

Como las luces que iluminaban aquel extraño lugar, las cuales se encendían y apagaban según alguien entrara o saliera de las diversas estancias, y las que no parecían provenir de ninguna parte. Simplemente estaban.

O las grandes ventanas de aquel edificio peculiar, que daban al exterior, y a través de las cuales sólo se podía ver una noche eterna, cuajada de estrellas, un espectáculo memorable y radiante, pero carente de vida alguna. Recordó lo extraño que le había parecido que siempre fuera de noche.

O detalles como los caracteres que figuraban en la puerta de la habitación en la que se encontraba. Un simple rótulo, escrito en un lenguaje desconocido para él, en brillantes caracteres blancos, sobre una línea roja que cruzaba la puerta de lado a lado, a la altura de los ojos. Seis caracteres. El segundo y el último repetidos. Un día había pensado que eran extrañamente regulares y de líneas perfectamente trazadas. El trabajo de algún artesano excepcionalmente hábil. Seguramente utilizaron alguna clase de molde.

Pero no dedicó más tiempo a aquellas ideas. No eran sino de esos pensamientos absurdos con los que se distrae la mente cuando uno está aburrido.

Y su mente ya no estaba allí. Había viajado muy lejos, hacia una época sin dolor ni preocupaciones que ya no volvería más. ¿Realmente había transcurrido tanto tiempo? Eran retazos tan lejanos que ya no parecían sacados de otra era, sino escupidos de forma despiadada por otro mundo para recordarle que jamás se le permitiría volver a él de nuevo.

Abrió la puerta de un pequeño guardarropa que había junto a la cama y se vistió lentamente.

Cruzó la puerta, que se abrió sola a su paso, y salió al pasillo. Dejó atrás varias puertas a ambos lados del corredor hasta que llegó a la última, que al igual que la anterior, se abrió según se acercaba, ofreciéndole la visión del cielo nocturno sobre una gran llanura, perfectamente lisa, perfectamente perfecta. Como todo allí.

Salió al exterior.

Caminó bajo el cielo estrellado, en el cual la luna en cuarto creciente más grande que jamás hubiera visto resplandecía sobre todo lo demás, y bañaba aquel paraje en una fría luz de plata, reflejándose en el pavimento del suelo, el cual estaba hecho de algún material que no conocía, de aspecto metálico y tacto frío, y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Caminó, alejándose unos pasos del edificio. Respiró el aire fresco de la noche, pero como todos los días, no soplaba ni la más leve brisa. Se estiró y dejó pasar el tiempo. Pensando.

Y pensando.

Oyó un ruido en la distancia, tras él. Inmediatamente lo reconoció como el de la puerta al abrirse, la misma que había atravesado él hacía pocos minutos. Esperó sin girarse, hasta que percibió una presencia tras él.

—Hoy no me apetece verte, viejo.

—Pues continúa dándome la espalda. No es necesario que me mires.

Siguió un tenso silencio, el cual fue roto por el individuo más joven.

—Ya te dije todo lo que querías saber.

—Todo no. Me contaste los hechos, sí. Pero no me dijiste lo que pasa por esa cabeza de chorlito que tienes sobre los hombros.

—¿Acaso importa?

—A mí me importa.

El joven sonrió sarcástico.

—Te pido que te guardes ese paternalismo para otro. Sólo se lo habría permitido a mi padre, pero hace tanto tiempo que nos dejó que no estoy seguro de recordar su rostro con claridad.

—Empezamos a entendernos —dijo aquel hombre entrado en años, también con una sonrisa. A diferencia de la del muchacho, esta era sincera.

De alguna manera, el joven lo supo, y lentamente se dio la vuelta y quedó encarado a su interlocutor. Lo miró.

Tenía el mismo aspecto que los días anteriores. Cálido, amable, acogedor. Pero se le notaba cansado. Como un hombre que tras un largo viaje estaba cerca de llegar al final del camino.

—Sí. Puede que no me quede mucho tiempo —dijo él, adivinando sus pensamientos—. Es por eso que disfruto de nuestras largas charlas. No quisiera partir sin haber hecho, aunque sea, un poco de mella en esa coraza tan dura que tienes. Además, aliviará tu carga.

—Mira que lo dudo —respondió el joven, sin una pizca de emoción en su voz.

—Caminemos —ofreció el viejo, haciendo un gesto con la mano hacia delante—. Hoy hace una noche estupenda.

—Igual que ayer —apuntó el joven—. Igual que siempre. Aquí nunca cambia nada.

Pero obedeció y caminó junto a aquel hombre.

Nos estaban esperando

Dejando atrás lo que habían sido hogares para muchos, tierras o reinos, seres queridos, vivos o muertos y todo aquello que no pudieron llevarse, centenares de barcos huían con una carga de dolor. Todos miraban hacia atrás, como dando un último adiós a todo lo que perdían.

Como resultado de la última batalla, las lágrimas en los ojos se derramaban arrastrando la mugre y el polvo de la cara, dejando entrever el color original de la piel, manchada con restos de sangre, propios o ajenos. Nada de esto discriminaba sexos, edades o razas, si bien era cierto que los inmortales eran los menos acostumbrados a perder seres queridos respecto de las demás razas. Sus bellos rostros evidenciaban una tristeza inigualable, la que daba el haber vivido durante centenares de ciclos con seres queridos, ya perdidos por siempre, un siempre mayor incluso que sus propias vidas.

— Ya no pueden ir peor las cosas —aseveró Kámbaro.

El rey Theaj lo miró asustado, como quien invoca a Racroll y Namia se tapó la boca como si Kámbaro hubiera dicho la mayor de las blasfemias. Tan exagerada fue la reacción que Kámbaro se asustó.

—¿Es que pueden ir peor? —respondió con temor mirando al rey.

Theaj sabía que Kámbaro no había tenido intención de conjurar a la mala suerte.

—Nunca digas nunca —dijo molesto el rey—. Navegamos sin destino hacia lo desconocido. No sabemos cuánto tiempo estaremos en el mar ni lo que este nos depara, y si los esteños tenemos un punto débil, ese es el mar. Sin embargo, hasta los mejores marinos, si bien no temen la mar, cuanto menos la respetan y la tratan con sumo cuidado. La mar te provee de comida, pero también el mar provee al mar, y mucho me temo que no todos llegaremos al final de la travesía. Es más, que algunos consigamos, o consigan llegar, ya sería un éxito rotundo.

Namia, que estaba al lado del rey, le tomó la mano y con el pulgar acarició cariñosamente detrás de los nudillos. El rey sabía que esa era la manera sutil de ella para que no fuera tan duro con alguien. Algunos la llamaban la encantadora de rey. Ejercía mucha influencia en él y el pueblo la quería porque esa influencia era muy positiva.

De repente alguien gritó:

—¡A las armas!

El rey Theaj miró hacia el este y observó un enorme número de barcos frente a ellos.

Mergand miró a aquellos barcos con recelo. Deseaba no tener que seguir guerreando, además no estaba preparado para luchar en el mar. No estaba planeado. El enemigo había sido más listo que él, había fallado.

—Dime que no son barcos de guerra, Xiorass —rogó Mergand.

Xiorass miró a Mergand con seriedad.

—Entonces permaneceré callado —dijo por toda respuesta.

—Nunca se acaban las chinches para los perros —murmuró Mergand entre dientes.

Mientras, en las respectivas cubiertas, todos los barcos se preparaban para una batalla naval.

Tamer vio aquellos barcos de guerra. Eran barcos toscos, de mercenarios casi seguro. Estaban pensados para destruir, pero ni los barcos eran tan manejables, ni los mercenarios tan expertos en la mar, y antes de que se acercasen tendrían muchas bajas. Aun así, había allí una gran cantidad de naves enemigas. Morirían muchas almas si no tomaban la iniciativa. Afortunadamente, ellos estaban allí y los de su pueblo sí sabían luchar en el mar. Por fin había llegado su momento en toda esta historia. Por fin iba a compartir el mérito de Baliss en aquella guerra y por Raxo que daría la talla. *Oh, sí*, pensó para sus adentros. Aquella iba a ser otra batalla épica.

—Comunicaos con nuestros amables aliados y vecinos de Petbal y preguntadles si vienen con nosotros o se quedan a mirar cómo se hace la guerra en el mar —dijo mirando a uno de los mandos, que asintió, y con un código de luz proveniente de una lámpara de aceite pudo hacer llegar el mensaje a otro barco.

La respuesta no se hizo esperar. Tras un grito de guerra, las velas de los barcos de Petbal fueron desplegadas para lanzar las naves contra la flota enemiga.

—Capitán —llamó Tamer—. Si ese barco nos adelanta os tiraré al océano.

El capitán asintió con una sonrisa maliciosa.

—Si ese barco nos adelanta, me tiraré yo mismo, mi rey.

Xiorass observó aquella maniobra suicida de los barcos de guerra, valiente pero insuficiente. Conocía tanto la habilidad como la bravura de aquellos inmortales, seres de mar habituados a él. Pero estaban en clara desventaja y muchos barcos serían hundidos.

Mergand estaba enrabietado.

—¿Es que ni un momento de respiro nos van a dar? ¿Es que Raxo no va a ayudarnos?

Mientras se quejaba de los dioses, una idea le vino a la cabeza. Era una idea proveniente de las enseñanzas y creencias de los buenos dioses:

Y cuando Raxo se marchó, el juguetón dios Mermag cubrió el mundo con su manto e hizo llover parte de su magia sobre él, antes de seguir los pasos de su hermano.

Y dichosos fueron aquellos sobre los que cayó el hálito de Mermag […], dando lugar a las poderosas razas híbridas, conocidas por su fuerza sin parangón…

Eso es, pensó Mergand, no es Raxo la solución, lo es el buen Mermag.

Xiorass miró a Mergand preocupado. No quería pensar que hubiera podido perder la cordura.

—Apoyad a los barcos de guerra y preparaos para la batalla. Esta no la vamos a perder.

Xiorass no hizo preguntas, sencillamente obedeció a aquel hombre que todavía luchaba por mantener con vida a toda aquella gente.

—Y atadme un cabo y lanzadme al mar cuando vuelva.

Xiorass iba a decir algo, pero Mergand ya no estaba allí. A su vuelta portaba una concha antigua, que no vieja, en sus manos.

—No empecéis a dudar de mí ahora, gran Xiorass. No es el momento ni el lugar.

A regañadientes, Xiorass llamó a varios de sus hijos que ayudaron a Mergand con la tarea. Mostraban cierta prisa. Issia no decía nada, pero estaba muy preocupada.

Lo echaron al agua deslizando a Mergand por la proa. El barco había ido ganando velocidad y la espuma lo salpicaba de manera muy molesta en la cara. Notó el golpe en sus piernas al contactar con la superficie del agua a la velocidad que llevaba el barco.

—Sumergidme —gritó Mergand.

Xiorass miró a Issia como si ella tuviera la última palabra.

—Tal vez lo lamente, pero nunca he dudado de él y no voy a empezar a hacerlo ahora —respondió Issia.

Xiorass asintió y junto con sus hijos siguieron soltando cabo lentamente, hasta que el agua se tragó a aquel hombre.

Pasaron unos instantes muy agobiantes para todos, hasta que Xiorass decidió que ya era suficiente y empezó a tirar de Mergand. No tardó en salir a la superficie su rostro, que, aunque agotado, estaba consciente. Lo izaron y lo subieron a la cubierta y allí descansó.

—Ya está —dijo con la voz entrecortada—. Acabad con todo lo que veáis vivo sobre esos barcos.

Tamer miró sonriente. Ya estaban a tiro.

—Cargad las catapultas. ¡Que ardan en el infiernooooo! —aulló a sus hombres.

Al lanzamiento desde el barco de Tamer, le siguieron el resto de las naves que disponían de esta arma. Con tremenda precisión la mayoría de

las catapultas hicieron blanco en las naves de vanguardia. Aquello provocó un gran desconcierto. Sólo por el peso y la fuerza del impacto de aquellas moles, algunas se partieron mientras que otras chocaban contra las naves alcanzadas lo que provocó un gran cuello de botella. Las salpicaduras del aceite en llamas de algunos barcos, sumadas al poco o nulo mantenimiento que tenían aquellas naves y al hecho de no tener formación ninguna para el ataque, causaron que el fuego se extendiera a otras naves o chocaran entre sí.

A Tamer le dio tiempo a lanzar otra salva que fue a parar a los flancos de aquella formación, por llamarla de alguna manera. Las naves que pudieron salvarse de aquella encerrona fueron a embestir con sus espolones a los buques de guerra. Los mercenarios estaban ávidos de venganza y de las riquezas del saqueo.

El poco tiempo que hubo para preparar aquella batalla no daba lugar a que Tamer pudiera replegarse y reordenarse, así que tenía que asumir la embestida de aquel barco mercenario, la cual sería inminente. Las flechas de uno y otro barco empezaron a silbar en el aire. Atravesaban las velas de una y otra nave o bien se clavaban en la madera, sin embargo, muchas impactaban en las tropas matándolas o hiriéndolas en algún sitio. Afortunadamente, los inmortales eran más certeros.

—Preparaos para el impacto —gritó Tamer.

El barco de Tamer tenía un espolón más poderoso, o así esperaba que fuera, por lo que partiría el de los mercenarios, pero había que asumir que cabía la posibilidad de que alguno le impactara de lado y provocara el hundimiento del suyo, al no poder realizar maniobra alguna a riesgo de impactar con las naves colindantes.

Las dos naves frenaron al chocar escrupulosamente espolón contra espolón. Como había previsto, el de los mercenarios estalló en pedazos al contactar contra el del barco de Tamer, que siguió penetrando en el casco hasta abrir una vía de agua en el barco de los mercenarios. El barco mercenario se dejó llevar por la fuerza del barco que volvía a tener cierta aceleración, empujando hacia atrás la otra nave, mientras la vía de agua se iba haciendo más y más grande. Por babor, un barco mercenario iba a embestirlos.

Tamer gritó a sus hombres para que se prepararan para la embestida. Habría que saltar al otro barco antes de que se hundiera el suyo y quizás, si salían de esa, podrían realizar el resto del trayecto con aquel barco abordado. Cuando ya parecía que el impacto iba a ser inevitable, de repente este siguió girando hasta ponerse en dirección contraria. Debido al poco espacio de tiempo en que ocurrió todo esto, el barco mercenario chocó contra el de Tamer estribor contra babor. Aquello desconcertó a los mercenarios, las tropas de unos y otros lucharon al abordaje entre sí, pero poco podían hacer los mercenarios contra aquellos soldados de mar. El barco quedó en poco tiempo a la deriva con todos ellos muertos en su interior.

Xiorass adelantó la nave para ayudar a las demás, pero la verdad era que estaba todo siendo bastante incomprensible para él. Aquel ataque era un sinsentido. Unas naves parecían haber perdido el gobierno, otras hacían movimientos aberrantes contra aquella ya de por sí absurda formación. Otras en cambio, sencillamente se hundían solas.

Mientras tanto, debajo del mar, los tritones nadaban montados sobre bestias blanquinegras. Resultaba que ellos sí se habían estado preparando contra una batalla naval contra terrestres. Su estrategia era inusitada. O bien destruían el timón y dejaban sin gobierno el barco, o bien hincaban en el casco de los barcos sus armas. Su fuerza era increíble ya que el agua no frenaba sus movimientos. Clavaban sus tridentes hasta hacer boquetes que abrían vías de agua que provocarían su hundimiento de manera inevitable en poco tiempo. Una vez en el agua, todo ser terrestre estaba a su merced. Los cuerpos se hundían repentinamente entre gritos ahogados de terror, y en algunas ocasiones, y dado que los tritones tenían la capacidad de convocar a otras bestias marinas, estas les ayudaban para salir de su ayuno.

Mergand vio así respondida una de sus dudas respecto a los tritones. ¿Cuán fuertes serían fuera del agua, donde el aire ofrecería menos resistencia a sus movimientos?

Observó también que se hizo sangre de los mercenarios hasta que ya no se estuvo al alcance de estos. Había que reconocer que fueron atacados de manera indiscriminada y con ensañamiento, pero todo eso daba igual ahora. Había que celebrar, que esta vez, la derrota de los mercenarios había sido total y casi no había que lamentar muertes. El caos provocado por los tritones sólo le habían quitado protagonismo a los inmortales del mar, algo que alegró a Mergand. No quería lamentar más perdidas de inmortales y mucho menos la de Tamer.

Atrás quedaban los gritos de los mercenarios sobre el agua, donde centenares, quizás miles de bestias habían acudido a un festín sencillo, generoso y gratuito de carne humana. Ya alejándose, el sol reflejaba cómo el mar se había teñido de un color púrpura la superficie. De aquella debacle, nadie dejó escapar lagrima alguna. Nadie vio cruel aquella sangría de mercenarios y solamente esperaban que la mar hiciera buen guiso con ellos.

Dos tritones salieron a la superficie del mar sin esfuerzo. Iban montados sobre unas bestias blanquinegras y mostraban orgullosos un tridente cada uno. Panga, el líder, se sentía útil para aquellas pobres almas que al igual que él, habían abandonado su hogar. Mergand estaba al lado de Xiorass y como gesto de agradecimiento, con la mano en el pecho, asintió a los dos tritones. Xiorass empezó a entender todo en ese momento. Siempre respetó a los tritones, así le enseñó su padre que le había contado historias sobre ellos que se quedaban cortas por lo visto hoy allí. Sin decir más, los tritones se sumergieron, pero Panga, antes de hacerlo miró a Tamer que imitó el gesto de Mergand. Tamer estaba un poco molesto porque le hubiera quitado casi todo el protagonismo en aquella batalla, pero la verdad era que agradecía no tener que hacer el resto del viaje a nado.

El anciano

Una lámpara de aceite alumbraba en la noche la reducida estancia. Sobre un solitario anaquel se hallaban apilados varios vasos y una escudilla de barro. Una cama, una silla y una mesa austera con algunos pergaminos constituían todo el mobiliario del cuarto, y sobre la mesa, una pluma y tinta.

Sentado en la silla descansaba un hombre de apariencia ajada y entrado en ciclos. Vestía una túnica blanca y observaba a través de una ventana la ciudad rebosante de vida.

Pese a la distancia, podía distinguirse cómo al ritmo de la música, la gente bailaba y reía, en un incesante jolgorio, y las hogueras y las lámparas aquí y allá tapizaban la ciudad como una alfombra de puntos de luz que reflejaban las estrellas que brillaban en lo alto.

Con cierta nostalgia, elevó su mirada al cielo y las miró detenidamente por un instante. Su sabiduría le permitía conocer el nombre de todas y cada una de aquellas constelaciones. Una sola mirada le bastaba para saber hacia dónde quería ir. Sabía orientarse de noche igual que de día, pero su trabajo no había terminado. No, aún quedaba mucho por hacer, quedaba mucho por preparar y había que ser cuidadoso… o más bien exquisito con los detalles. Todo debía estar perfectamente engranado, como estaba planeado, no había que dejar nada al azar. Había trazado el plan con premeditación. Se había seleccionado a la gente minuciosamente tras conocer sus debilidades, sus puntos fuertes, las conexiones e influencias que cada uno era capaz de ejercer. No sólo en las calles, también en las diferentes escalas jerárquicas, con cada pieza colocada en los lugares adecuados y todo aquel entramado manipulado para evitar que tanto la suerte como el destino pudieran influir en el devenir trazado. Y se había hecho lo necesario para que todo empezara a funcionar esa misma noche.

El hombre observaba todo aquello desde la distancia de su habitación, concentrado en sus pensamientos, hasta que supo por el traqueteo nervioso de la bandeja que se oía tras la puerta, por el pasillo, que un sirviente le traía su cena. Lentamente se levantó de la silla y caminó con calma hacia la puerta. Se sentía muy cansado y le apetecía algo de comer, aunque no era precisamente la cena lo que estaba esperando.

Unos nudillos golpearon en su puerta. Al abrirla encontró al sirviente, que llevaba su cena sobre una bandeja de madera. Modesto, pensó. Al

menos para lo que solía cenarse en aquella época de celebraciones que marcaban el fin de la cosecha.

Miró el sencillo mendrugo de pan, del que emanaba un agradable calor y un olor a recién hecho. Al lado, un poco de queso tierno y fresco que olía ligeramente a cabra y un tomate fresco troceado y aliñado con aceite de oliva puro de color verde oscuro y un poco de sal. El olor del tomate era embriagador. Proveniente de su propia huerta, tenía un color rojo tan intenso como su aroma. Acababa el menú con un racimo de uvas lavadas que aún estaban húmedas. A su edad, disfrutaba de esos pequeños detalles, efímeros para casi todo el mundo, pero a los que en cambio él daba valor. Era como si todos los días esperase ese momento.

En realidad, la gente lo hastiaba. Siempre buscaban lo mismo, oro. En el caso de los hombres, para sexo, alcohol o el juego. En el caso de las mujeres, para joyas, vestidos y perfumes, con los que aparentar un estatus que no poseían, para engañar a algún pobre desgraciado que las mantuviera y les diera ese estatus que deseaban. Sólo las fracasadas lo usaban para cuidar de sus crías.

Eran los fracasados los que mejor le iban para sus intereses. Aquellos que habían perdido su dignidad, los que necesitaban mantener su descendencia. Esos eran capaces de hacer cualquier cosa por migajas.

Pero no era ese el momento de meditar el plan trazado. Allí esperaba el esclavo, semidesnudo, sólo con un trapo que tapaba lo imprescindible, pues nada más le interesaba que su seguridad. No tenía apetito sexual alguno con aquellos hombres ni mujeres, pues quién yacería con ratas sucias y alimañas. Lo que ocurría era que a pesar de lo que él pensara, eran más útiles para el día a día.

Miró al esclavo detenidamente, estaba bien alimentado, ligeramente delgado pero fuerte. Al mirarlo a la cara vio lo que esperaba ver, miedo y vergüenza de sí mismo. En cuanto notó el contacto visual, el esclavo agachó la cabeza como un buen perro. Temblaba ante su presencia, pero sabía que no podía retirarse hasta que el señor le diera la orden o al menos se lo hiciera entender.

Pero al señor le apetecía divertirse un rato, así que se lo quedó mirando. En pocos instantes el esclavo empezó a mover los pies, inquieto, nervioso e indeciso. Al poco notó cómo empezaba a tener picores, y allí con la cabeza gacha empezó a mover los dedos para rascarse con disimulo los muslos.

El anciano carraspeó, decidido a seguir jugando con el esclavo. Este se quedó quieto como una estatua. Dejó de moverse y de rascarse. Ahora seguro que empezaría a autolesionarse para controlar aquel nerviosismo, aquel miedo. Sí, ahí estaba. El esclavo colocó las manos detrás de sí mismo. El anciano giró la cabeza para escuchar mejor y entonces sonrió.

Podía oír lo que estaba esperando. Aquel ruido a cuero de piel curtida por el trabajo de sus manos pellizcándose para no moverse o retorciéndose los dedos para controlar su nerviosismo.